

# LIBROS

Michel Crépu

BECKETT, 27 JUILLET 1982, 11H30

Elizabeth Horan

MISTRAL. UNA VIDA. SOLO ME HALLA QUIEN ME AMA

Fernando Fernández

MAR EN TURCO. ENSAYOS SOBRE GERARDO DENIZ

Héctor Strobel

RESISTIR ES VENCER.  
HISTORIA MILITAR DE LA  
INTERVENCIÓN FRANCESA,  
1862-1867

Olivia Teroba

DINERO Y ESCRITURA

Jimena Canales

LA CIENCIA Y SUS DEMONIOS

## LITERATURA

### Beckett en el monasterio de Saint-Benoît

por Christopher Domínguez Michael



Michel Crépu  
BECKETT, 27  
JUILLET 1982, 11H30  
París, Arléa, 2019, 88 pp.

Pocos escritores gozan de tan buena reputación como Samuel Beckett. Hay quienes no gustan de su teatro (como Octavio Paz, quien tras la legendaria y esporádica ayuda brindada a Beckett para aquella antología poética de la UNESCO, encontraba “eurocentristas” sus preocupaciones), pero es raro leer que se hable mal de su discreta persona. Y eso que fue amante de Peggy Guggenheim y tuvo, en los años treinta, no solo una variada vida erótica, sino problemas con la justicia irlandesa, que lo difamó por ateísmo.

Resistente condecorado, nunca se jactó de haber combatido a los ocupantes alemanes, pese a haber puesto

su vida en grave riesgo. Célebre gracias a su dramaturgia, el llamado “teatro del absurdo”, nunca hizo vida política. Rechazó haber sido secretario de James Joyce, sino solo un ayudante más del creador de *Ulises*, y Lucia Joyce, la hija, se enamoró con verdadera locura de él: pocos le han llegado a pedir que pague la cuenta. No firmó el Manifiesto de los 121 (sí lo hizo Roger Blin, uno de sus directores de escena) por la insumisión ante la guerra de Argelia y las entrevistas cuyas suelen ser socarronamente decepcionantes. Se cuenta entre quienes no fueron a Estocolmo a recoger su Premio Nobel, pero le habría parecido una descortesía rechazarlo, como Jean-Paul Sartre, prefiriendo las playas tunecinas y no existe una correspondencia entre Joyce y Beckett, quien decepciona como escritor-estrella. Fue un hombre normal, muy lejano de la sospechosa reticencia de J. D. Salinger o de Maurice Blanchot. Antes de que fuera tenida por una filosofía entera, aquella frase de Bartleby, la de “Preferiría no hacerlo”, parece distinguir a Beckett.

Michel Crépu, actual director de la *Nouvelle Revue Française* (NRF) y, por católico, tenido por anticuado, publicó hace un par de años *Beckett, 27 juillet 1982, 11h30*, un acicalado y modesto

homenaje al autor de *Esperando a Godot* (1953). Crépu se ha ocupado de Nicolas Boileau, J. B. Bossuet, Sainte-Beuve y del vizconde de Chateaubriand, pero también del poeta Philippe Jaccottet o del sociólogo Pierre Bourdieu, quien se ha empeñado en hacer sobrevivir, descafeinada, a la crítica marxista de la literatura.

La pregunta central de Crépu es dónde colocar a Beckett, en qué escaque del tablero de las letras modernas, asunto que a mí me interesa, porque tengo al irlandés bilingüe entre los autores decisivos, junto a Borges, de la segunda mitad del siglo xx. Personalísimamente mi tercera opción sería otra B: la de Thomas Bernhard.

Antes que hombre de teatro —hay quejas de que atormentaba con detalles ínfimos a los directores de escena— Beckett fue novelista en lengua francesa y, para mí, *Murphy* (1938) y la trilogía en francés (*Molloy*, *Malone muere*, *El innombrable*, 1951-1953) son la cumbre y la caída de la literatura del siglo xx. “La luna”, escribe Crépu, “es una de las raras cosas estables en el universo beckettiano, ballet poblado de sombras escurridizas y cambiantes”<sup>1</sup>

1 Michel Crépu, *Beckett, 27 juillet 1982, 11h30*, p. 30.

que giran alrededor de nuestros sueños como derviches envueltos en sábanas. La luna, qué duda cabe, es el astro rey en Beckett.

El breviario de Crépu, a diferencia de los aburridos recuerdos de Deirdre Bair (*Parisian lives. Samuel Beckett, Simone de Beauvoir, and me. A memoir*, 2019) de sus entrevistas de trabajo con Beckett para escribir su biografía, no tiene como propósito recordar su insustancial entrevista con el escritor (quien solía ser generoso con los jóvenes investigadores), sino contar lo que de ella derivó. Crépu se retiró, tras encontrarse con Beckett, en la abadía de Saint-Benoît-sur-Loire, monasterio benedictino, aquel donde solía residir el poeta mártir Max Jacob, judío converso, homosexual y genio, muerto recién llegado al campo de concentración de Drancy.

Crépu se retira para meditar sobre Beckett, irlandés reacio al autocrático catolicismo de la isla, y lo comparte con monjes que no lo han leído ni lo leerán, afirmando que el método de Beckett es un ejercicio ignaciano. Quizás no haya nadie más incompetente que yo para opinar al respecto. Pero *ora et labora* es el principio de la orden benedictina y Crépu recuerda a Jacob, a los monjes dedicados a copiar y recopiar la Biblia los domingos por la tarde, encontrando monástica la austeridad beckettiana. Se lo explica al padre María y le dice que *El innombrable* es una última variación de la teología negativa, asociada al maestro Eckhart, ese silencio en la literatura moderna. Para cuando Crépu publica el libro que reseño, el padre María ya ha muerto víctima del Alzheimer y ese diálogo imposible habrá de interrumpirse.

Toda su estancia entre los benedictinos a Crépu lo remite a Beckett: un Cristo desnudo, mínimo, un tanto tonto, más parecido a Josef K. que a un poderoso guerrero bizantino. La lectura de Beckett como una *lectio divina*, una voz casi inaudible y los personajes beckettianos, maestros místicos del desasimiento, vidas ejemplarmente

distraídas ante la modernidad, ajenas a toda visión trascendental de la historia. Su único interlocutor —dice Crépu— es Dante. Nada de Joseph de Maistre con la Revolución francesa como jinete del Apocalipsis, pero poco, muy poco, en Beckett, de Friedrich Nietzsche, de Karl Marx o de Sigmund Freud, y eso que Beckett estuvo en el diván del doctor Wilfred Bion.

Beckett, para Crépu, es la ascesis suprema: una sola palabra contiene el relato, las historias, las leyendas, las quejas, el canto, todo un cortejo de tonterías porque “todo está ya dicho en esta historia que no cesa de tener lugar”.<sup>2</sup> Acaso este librito de Michel Crépu, como el *Proust* (1931), del propio Beckett, sea el único libro posible sobre Samuel Beckett, aunque su autor sostiene que el irlandés es el único gran escritor moderno que no tiene un exégeta a su altura. No existe el libro sobre él, así como la tempestad, según el Eclesiastés, es invisible. ~

**CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL** es crítico y consejero literario de *Letras Libres*. En 2023 apareció la traducción al italiano de su biografía de Octavio Paz: *Octavio Paz nel suo secolo* (Mimesis). En 2024 fue jurado del premio Strega en Italia.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 29.

## BIOGRAFÍA

# Mistral, según ellos

por **Antonio Villarruel**



**Elizabeth Horan**  
MISTRAL. UNA VIDA.  
SOLO ME HALLA QUIEN  
ME AMA  
Ciudad de México, Lumen,  
2023, 472 pp.

En el prólogo de su elefantiásica biografía de Gabriela Mistral, muy al inicio del primer volumen de tres, la autora Elizabeth Horan previene

al lector diciendo que escribió el libro usando métodos angloamericanos, aplicados, sin embargo, a un sujeto latinoamericano. Y explica cuáles son estas técnicas: “la importancia de la documentación, la centralidad de las identidades fluctuantes raciales y de género”. No mucho después, en el mismo párrafo, añade: “esto contrasta con la tendencia, en América Latina, a depender mucho de entrevistas y reportajes de prensa y de anécdotas que nos tientan con relatos que son alegres, emocionantes o divertidos, pero carentes de comprobación”.

Vaya uno a saber qué biografías latinoamericanas leyó Horan. Parece que todas deleznable, carentes de fuentes que respalden la escritura. Parece que todas alegroas y vertiginosas. Vidas de santos laicos, digamos. Convenientemente, tampoco menciona ejemplo alguno de los recuentos vitales que se hayan redactado en este continente con la prensa como primera fuente. Cosa que, vista de cerca, tampoco me parece en sí misma nociva.

Lo que sí quita el sueño de la profesora de la Universidad Estatal de Arizona es la existencia de dos textos previos, que se ocuparon de narrar la vida de la poeta chilena en tonos, digámoslo así, indulgentes: *Gabriela Mistral: la maestra de Elqui* de Marie-Lise Gazarian-Gautier y *Gabriela Mistral pública y secreta* de Volodia Teitelboim. De acuerdo con Horan, el libro de Gazarian-Gautier se adscribiría a la hagiografía, y el de Teitelboim —tanto encono le tiene que lo menciona cinco veces solo en el primer tomo— estaría escrito con ánimos patrióticos. Es contra la silueta de la Mistral hija del Chile profundo —quien, según Horan, volvió muy poco a su tierra natal cuando hubo alzado vuelo en los dominios de la poesía y la diplomacia— que creció la necesidad de recuperar su azarosa trayectoria. Es en contra del esbozo de una mujer libre de pecado y contradicciones —retrógrada estrategia de

Gazarian-Gautier de sintetizar tan poliédrica existencia— que se justifica la empresa de una biografía compleja y multifocal, consecuente con el tamaño del personaje y su obra.

Sin haber leído estos proyectos aparentemente fallidos, queda claro que la propuesta de Horan nace de una profunda curiosidad intelectual, aunque también con un abierto ánimo reivindicativo. En principio nada de esto es incorrecto o censurable: después de todo, es cierto que la tradición biográfica angloparlante es más potente y concurrida que la latinoamericana, aunque dudo mucho que esto se haya conseguido gracias a la centralidad de las identidades fluctuantes raciales y de género, sea lo que sea que Horan haya querido decir. No hay nada de pernicioso en volver sobre una figura literaria capital a la luz de la aparición de nuevos documentos que retocan su existencia. Los dolorosos años de infancia, entre la pobreza y el rechazo de sus compañeros, por ejemplo, merecen una revisión permanente de las estrategias y los bríos con que se levantó una maestra de provincias cuya ambición, talento y sagacidad consiguieron trenzar una nutrida red de contactos, amistades epistolares y diálogos de alto nivel que no mucho más tarde la auparán hacia los centros de discusión literaria y contactos diplomáticos.

Por supuesto: se notan años de preparación, decenas de entrevistas, lecturas apasionadas y contrastadas sobre hechos centrales de la niñez y formación de la poeta, además de una especial sensibilidad por el paisaje que la abrazó durante sus primeros años. Cuando no está descrito de modo empalagoso y con ánimo de guía de viaje, el entorno natural que arropó a la poeta traslada la majestuosidad de las montañas, la nitidez de los ríos, los vientos ingobernables y las salidas y puestas de sol que tanto emocionaron a biografiada y biógrafo.

En cualquier caso, la traducción al español del primer volumen de

los tres que componen el proyecto biográfico de Horan es una excelente noticia. Menos porque pone sobre la mesa la necesidad de relectura de una obra que acaso no ha resistido al embate de los años que por ser un nítido resultado de vicios y paradojas que aquejan a la crítica literaria contemporánea. Sin necesidad de detenerse demasiado en esta versión descuidada, donde de modo frecuente saltan erratas y decisiones incorrectas de volcamiento al español, la enorme empresa de Horan hace aguas por problemas, digámoslo así, políticos. Por decisiones que tienen que ver con la aceptación tácita de parámetros de lectura que se piensan y se celebran democráticos, progresistas, incluso vanguardistas, y que, no obstante su prestigio y difusión masiva, terminan por ser tácticas para posesionar la hegemonía de una forma de leer —lo diré mejor: tácticas para posesionar una lectura dependiente de sensibilidades políticas coyunturales— que señorea, vigila y disciplina esa subalternidad que tanto dice defender.

Como a la autora mucho le preocupa la sexualidad de Mistral, bien puede comenzarse la lista de agravios al rigor a partir de esta entrada. Parece que, para Horan, Gabriela Mistral no fue una mujer que gustó, amó y deseó a otras mujeres. Mistral fue *queer*. Sí: en los tiernos inicios del siglo xx. Las parejas que tuvo —mujeres que fueron custodias del archivo de la poeta, más una con quien, además, crio a un niño— no fueron ni sus amantes ni sus compañeras: fueron sus secretarías, albaceas, herederas. El repertorio de disidencias y formas de expresar distancia respecto de la heterosexualidad dominante en el Chile de cambio de siglo requiere, al parecer de la biógrafa, ser explicado y traducido a la terminología de los estudios culturales más recientes. En suma, a la poética del escabullimiento que tanto estimula a esa instancia profesoral que es, las más de las veces, autoritativa, y las otras —especialmente cuando

se trata de un sujeto que no procede de los núcleos de conocimiento y riqueza— condescendiente. Según el crítico cubanoestadounidense José Esteban Muñoz, a quien Horan cita, lo *queer* “ha existido como insinuaciones, chismes, momentos fugaces y performances que están destinados a ser presentados en forma colaborativa, es decir, interactuados por *performers* y un público que comparten la misma esfera epistemológica”. ¿Aporta esta palabrería a la comprensión de la experiencia erótica y afectiva de Mistral en un contexto asfixiante, prejuicioso y católico? ¿En un medio andino, latinoamericano, muy distante —entonces— de la terminología relativista y oscurantista propia del giro lingüístico de fines del siglo pasado? Me temo que muy poco. Además de la supuesta prestancia intelectual que confiere el uso de ciertos autores o teorías, el empleo indiscriminado de conceptos o categorías que sintetizan experiencias como las de Mistral resulta ahistórico, impreciso y poco proclive a entender condiciones de ejercicio de la sexualidad que fueron, por decir lo menos, bastante distintas.

Los conceptos no existen sin el marco histórico que les concede sentido, pertinencia, potencia. No flotan sueltos, libres de penetrar una oración para volverla intelectualmente más desafiante. Y los sujetos —esto lo sabe Horan, quien ha revuelto correspondencia, archivos, entrevistas y otras biografías— se objetivan en la relación con su medio. A través de las gentes con quienes establece una permanente negociación por decodificar lo que se les presenta. Tal vez por esto resulte prescindible entender a Gabriela Mistral a partir de las tres citas de Paul B. Preciado o de las alusiones a Jack Halberstam. Más aún: por eso mismo es necesario, imperioso, recuperar una hermenéutica que no sea subsidiaria de las más recientes tendencias discursivas. En ese espíritu supuestamente democrático se esconden otras

formas de dominación y vasallaje. O quizá, de forma más inocente, conatos de pereza. ~

**ANTONIO VILLARRUEL** es crítico literario e investigador posdoctoral.

**ENSAYO**

## Expedición al archipiélago Deniz

por **José Homero**



**Fernando Fernández**  
MAR EN TURCO. ENSAYOS  
SOBRE GERARDO DENIZ  
Ciudad de México, Bonilla  
Artigas Editores, 2024,  
432 pp.

Tan copiosa como la obra de Gerardo Deniz (1934-2014) ha sido la escasez de estudios sobre esta. Caso único, las reflexiones para situar, valorar y comprender su poesía comenzaron antes no solo de que publicara su primer libro, sino sus primeros poemas. El pionero, como en tantas otras cosas, fue Octavio Paz, auténtica presencia tutelar para el autor de *Adrede*, cuya publicación en Joaquín Mortiz, en 1970, se debió a su mediación. El iniciado en el culto deniciano sabe, además, que el fortuito hallazgo de unos poemas del nobel mexicano en una olvidable gaceta institucional motivó que el entonces joven estudiante de química se interesara en la poesía, primeramente como lector y un par de años después, en 1955, como escritor. Y aun cuando en las décadas de los ochenta y noventa proliferaron las reseñas y ensayos, en su mayoría de condición periodística, no existía un estudio dedicado a esta obra, salvo la compilación *Deniz a mansalva*, que en 2008 congregó a varios poetas jóvenes por iniciativa del Programa Cultural Tierra

Adentro del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

*Mar en turco. Ensayos sobre Gerardo Deniz* destaca por su carácter monográfico y por la autoría. En *Contra la fotografía de paisaje* (2014), Fernando Fernández había relatado su descubrimiento de esta poesía, su primer encuentro con Juan Almela Castell, nombre real del poeta, y cómo esta suerte de revelación lo impulsó a cambiar su proyecto de tesis —y, acotaría, su existencia—. Por esta razón, resulta meritorio que quien fuera lector devoto, amigo, interlocutor, editor y testafarro de Deniz, finalmente, nos comparta su abordaje crítico, largamente esperado por los lectores de ambos.

*Mar en turco* no es únicamente una reunión de ensayos, como modestamente Fernández precisa, sino un auténtico asedio textual desde diversos flancos —tal instruían los antiguos manuales de estrategia—. Dicho plan le permite al crítico abordar las distintas caras de esta figura colosal: poeta, narrador, traductor, estudioso de las lenguas indoeuropeas, melómano y palindromista; pero también trazar el mapa vital en que prosperó este insólito espécimen, quien, como pocos, justifica la manida locución de *rara avis*, que con tan displicente holgura suele aplicarse. El crítico, depositario del archivo documental de Almela, nos permite atisbar la correspondencia que este sostuvo con Octavio Paz y Georges Dumézil, influencias decisivas en las vocaciones y derroteros que emprendió, y esboza la biografía del padre, el homónimo Juan Almela Meliá (Valencia, 1882-Ciudad de México, 1970), personaje olvidado del socialismo español quien en México llevó una vida discreta, no exenta de penurias, voluntariamente ajena a la comunidad de exiliados.

A caballo entre el estudio crítico y el esbozo biográfico, *Mar en turco* ofrece igualmente un panorama de la recepción crítica de esta poesía, tildada de extraña desde el momento de su

aparición. Aquí invocaré a Paz, quien en una carta le escribió: “usted lo sabe mejor que yo, su poesía irritará o deslumbrará, según el caso, pero pocos la comprenderán”. El propio Fernández, en aquella tesis universitaria, *El gozo del ciempiés. La poesía de Gerardo Deniz*, con la que obtuvo su grado de licenciado en letras hispánicas por la UNAM en 1990, comenzaba su andar y andamiaje argumentativo planteando la unanimidad en la condición “difícil” de las opiniones críticas, por entonces poquísimas. Si en aquella temprana aproximación el entonces joven crítico rompía su lanza para erigirse en paladín del poeta maduro, en este libro, gestado en su propia madurez, el hoy miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua prefiere antes que combatir entelequias y desfacer entuertos recapitular la recepción. De este modo, dedica sendos capítulos a analizar la crítica de Eduardo Milán y Evodio Escalante, cuyas enfrentadas posturas representan los polos con que la crítica mexicana acogió esta singular y prodigiosa escritura durante las décadas de los ochenta y los noventa.



Tales escaramuzas contribuirían, por una parte, a fijar la posición que dicha obra ocupa dentro de la poesía mexicana e hispanoamericana; y por la otra, a asentar la postura del poeta dentro de ese medio, al que nunca se sintió pertenecer. Y aunque hubiera preferido leer las disquisiciones de Fernando, siendo tan buen conocedor del tema, considero importantísima para el asentamiento del edificio crítico de Deniz dicha recapitulación, porque actualiza la problemática a la que esta nos enfrenta.

Si ciertamente el subtítulo enfatiza y deslinda que los ensayos son “sobre Gerardo Deniz”, lo cierto es que el conjunto revisa tanto el legado literario —poesía, narrativa, traducciones y palindromía— de aquel, como las circunstancias biográficas del otro —el mismo—: Juan Almela. Pese a que él afirmaba no creer en “la biografía más allá de la obra”, los acercamientos a las diversas facetas configuran, así sea a contraluz, como uno de esos paisajes instantáneos que la luz crea a través del follaje, un perfil humano. Es indicativo que la información se complementa con anécdotas, citas de la correspondencia personal o transcripciones de las evocaciones grabadas de aquel. Y mediante este procedimiento que involucra el documento, la pica textual, tan obsesivo como el registro que el escritor llevó de sus cartas, escritos, traducciones, y aun de pasajes de su vida, Fernández compone un curioso juego de espejos que plasma refracciones entre la obra y la vida. En un efecto inesperado, la reflexión termina diluyendo la frontera entre el creador y el hombre, entre el personaje y la persona. No casualmente uno de los capítulos recorre *La forma del silencio* de María Luisa Puga, novela pionera de la autoficción en la que la narradora —me refiero a la configuración textual de esa figura, no a la escritora real— conversa con un singular personaje denominado Juan, inspirado en Almela, a quien Puga conoció en Siglo Veintiuno Editores, donde

ambos laboraban. Gracias a ello, desde la refracción y la construcción en abismo, encontramos una nueva perspectiva del elusivo escritor que se añade a este conjunto prismático.

Y así, aun cuando no fuera esta la intencionalidad primaria en la composición, el fantasma de Deniz se nos aparece en estas páginas risueño, ligeramente burlón, conversador infatigable y erudito como ninguno. ¡Vaya prodigio de taumaturgo convocarlo a noventa años de su nacimiento y diez de su muerte, y con tal eficacia!

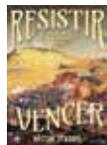
*Mar en turco* será no únicamente la piedra angular de la crítica deniziana, sino uno de los libros de ensayo más lúcidos del año, pues a la erudición, el conocimiento y la perspicacia crítica suma la buena pluma distintiva de este esmerado y meritorio discípulo de Montaigne, por lo que es un deleite su lectura. ~

**JOSÉ HOMERO** (Minatitlán, Veracruz, 1965) es poeta, narrador, ensayista, editor, traductor, crítico literario y periodista cultural.

## HISTORIA

# La intervención francesa desde dentro

por **Regina Lira Larios**



**Héctor Strobel**  
RESISTIR ES VENCER.  
HISTORIA MILITAR DE LA  
INTERVENCIÓN  
FRANCESA, 1862-1867  
Ciudad de México, Grano de  
Sal, 2024, 416 pp.

Caracterizar el siglo XIX mexicano como un siglo de “inestabilidad política”, “conflicto crónico” y “guerras intestinas” —por tomar expresiones usuales de la época— es un lugar común. Adentrarse en el día a día de ese malestar es la tarea que el libro de Héctor Strobel nos devela a partir de

una coyuntura muy particular: la historia militar de la intervención francesa, que transcurrió entre 1862 y 1867.

Con *Resistir es vencer*, Strobel se suma a diversas tradiciones historiográficas. De la historiografía militar más clásica, recupera el modo de narrar la sucesión de las grandes batallas: las Cumbres de Acultzingo, el primer y memorable sitio de Puebla, la batalla en Barranca Seca y la Ceiba, el segundo y funesto sitio de Puebla, y el modo en que alterna y contrasta las decisiones de cada parte militar, el imperialista francés y el republicano mexicano, dialogando con la historiografía y discutiendo sobre estrategia y táctica militar con sus grandes hombres: Lorencez, Forey, Bazaine de un lado; Zaragoza, González Ortega o el mismo Juárez del otro.

Esta obra se suma a otra tradición historiográfica que incorpora a la historia militar una perspectiva social con la que se mira la guerra en su cotidianidad y no solo a través de sus grandes hombres y sus grandes batallas. Para llamar la atención del lector, el relato se inicia con una serie de detalles sobre la actualidad de la tecnología militar: las balas empleadas por los franceses tenían un alcance de 250 m, mientras que las mexicanas, por lo general más rudimentarias y de generaciones previas, alcanzaban apenas los 100 m —por lo menos hasta que lograron adquirir mejores armas una vez que los estadounidenses salieron de su guerra de secesión—. Los cañones rayados franceses alcanzaron hasta 3.5 km, mientras que los lisos, más comunes entre los mexicanos, llegaban apenas a 1 km.

Además de interpelar a los interesados en la industria militar, los detalles de este tipo sirven de apertura al escenario de profundas asimetrías en las que se libró esta guerra que, por supuesto, no solo se reducen a tecnología militar. Las más obvias son las numéricas: la diferencia en el número de bajas por muertes y por desertión de unos y otros es abismal (además de

que el 16% de las bajas francesas fueron en combate y el 84% por enfermedad, según un dato que Strobel retoma de Jean Meyer). También lo son las condiciones en las que unos y otros viven la guerra: lo que comen, lo que visten, lo que ganan, el equipo militar con el que cuentan, el entrenamiento que reciben... Con dificultad, la mitad de las tropas mexicanas contaban con armas, a pesar de las fábricas que improvisaron en la producción artesanal de armas de fuego para sostener el aprovisionamiento: varios cañones nacieron gracias a la fundición de las campanas de las iglesias.

La perspectiva cultural que también incorpora esta “nueva historia militar” es notable, por ejemplo, en el lugar que otorga al lenguaje como ventana a los universos políticos e ideológicos de quienes participaron en la guerra y de las violencias que encubre. No solo se destaca la asimetría conceptual, por ejemplo, en el modo en que los franceses designan su campaña como “la expedición mexicana”, ocultando el carácter intervencionista y colonialista de su empresa, sino que se interesa por otras dimensiones culturales, como las concepciones en torno a la idea de masculinidad (contra las de *cobardía* y *traición*) del mexicano y sus “deberes” como patriota (contra la *apatía* atribuida a los indígenas y campesinos), la serie de conceptos en torno a la modernidad política como *patria*, *libertad*, *nación*, *independencia*, *democracia*, que circularon entre la tropa, en las proclamas, en los *vivas* y los *mueran*, en las arengas con las que se buscaba subir la moral de la tropa. Strobel también pone atención al lugar que tuvieron los prejuicios en la toma de decisiones y sus costos a largo plazo. Los prejuicios se suman por supuesto al cúmulo de asimetrías materiales e ideológicas que, para los intervencionistas, justifican la supremacía blanca y europea.

Una de sus más destacadas contribuciones comprende el modo en que el autor devela el extenso crisol étnico,

lingüístico y social de los soldados de ambos bandos. En el ejército francés se habla de soldados afrocaribeños de Martinica y Guadalupe, que, mejor acostumbrados al clima, resguardaron las costas; argelinos temerarios y aparentemente “resistentes” para combatir en climas extremos; también los que formaron las tropas de élite como los zuavos; los contingentes sudaneses y otros más que se insertan en la macrocategoría de “africanos”, además de los contingentes de “extranjeros” o de las legiones belga y austriaca que llegaron más tarde con el emperador Maximiliano de Habsburgo.

Este paisaje social nos lleva a imaginar las tensiones, fricciones, malentendidos en los que vivieron estos soldados; por ejemplo, se puede uno imaginar al oficial francés Maréchal en sus intentos por ocupar el sotavento veracruzano (otro crisol multiétnico indígena y fromexicano) al mando de ciento veinte sudaneses, cien austriacos y treinta jinetes mexicanos. Además de imaginar a los aventureros, como el grupo de treinta belgas que optaron por desertar, cambiándose al bando republicano para después quedarse a vivir en el sur de Michoacán, sin hablar de aquellos que se fueron desprendiendo del contingente de extranjeros con la intención de migrar hacia Estados Unidos.

Entre las tropas mexicanas, la diversidad étnica, social y lingüística fue igualmente inmensa. En primer lugar, no se puede hablar de los soldados sin abordar el papel de las mujeres con las que convivían día y noche. Encontrar a las mujeres en las fuentes documentales del periodo no es fácil, mas aquí parecen estar por todos lados (aunque concentradas únicamente en el primer capítulo): como enfermeras, cocineras, compañeras de placeres, soldaderas y oficiales, grado al que unas pocas lograron ascender por su destreza en las armas. Por otro lado, en una población aproximada de 8.8 millones de habitantes, que al terminar la guerra descendió casi medio

millón, por lo menos, el 40% o el 50% de la población hablaría alguna lengua indígena, por lo que no sorprende la cantidad de veces que el autor menciona la participación “indígena” en esta historia.

Pero ¿quiénes son las personas que se incluyen en esta otra categoría borrosa? ¿Quiénes son los 69 mil 454 “indígenas” enviados por los jefes de los distritos de Cholula, Huejotzingo y Atlixco para servir por ocho días por un real diario? ¿Los ochocientos “indígenas” enviados por el gobernador de Tlaxcala por un mes? ¿Los líderes “indígenas” de Chicontepepec, Zacualtipán, Calnali y la Sierra de Huayacocotla que voluntariamente se aliaron a los republicanos? ¿Los doscientos “indígenas” contratados por los imperialistas para construir trincheras y parapetos velozmente en el sitio de Puebla?

En ocasiones, el autor nos ofrece información concreta: nos habla de comandantes “tarascos” que movilizaron a comunidades a favor de la república, de “zapotecos” de la Sierra Norte de Oaxaca que sostuvieron a Félix Díaz cuando el resto del estado había sido ocupado por los imperialistas. El bando conservador e imperialista estableció alianzas estratégicas con mixtecos de la parte baja de Oaxaca, yaquis de Sonora, tarahumaras de Chihuahua, coras de Nayarit, huastecos de Tamaulipas y Veracruz, mixtecos y tlapanecos de Guerrero, nahuas de diversas regiones, o con pueblos fromexicanos que decidieron desertar de las filas dirigidas por Juan Álvarez en Guerrero por “despótico”. Sin embargo, en ocasiones omite por completo el uso de esta categoría sin que el lector se entere de que el general Tomás Mejía era “indígena” otomí o que el mismísimo presidente Benito Juárez era “indígena” zapoteco, dos de los más grandes protagonistas de esta historia, el primero como general del ejército conservador, el segundo a la cabeza de la resistencia republicana. Este panorama

multiétnico nos lleva entonces a imaginar la diversidad de idiomas que se hablaron en las filas de los ejércitos mexicanos y la suerte de sus hablantes, cuyos nombres han quedado olvidados y ocultados.

Trabajos recientes en torno a los liberalismos y conservadurismos populares han sugerido nuevas coordenadas para pensar la diferencia cultural y la política en las guerras nacionales. Si bien Strobel no retoma estas perspectivas y agrupa a indígenas y campesinos como “clases subalternas”, lejos de “carecer de interés político”, de “sentimientos de patria o de identidad nacional” o de ser “apáticos y desinteresados” —como a veces sugiere el autor y lo reiteran los documentos de la época—, el complejo panorama socioétnico que reconstruye en su libro nos abre la posibilidad de comprender mejor la política de los pueblos: las motivaciones y los objetivos que los llevaban de manera voluntaria —y no solo por coerción— a tomar las armas, las condiciones que imponían, las formas en las que negociaban y se organizaban, y de hacer un balance sobre las pérdidas y los logros en el corto y largo plazo, en un momento en que estaba en juego el lugar que los pueblos originarios ocuparían en el proyecto político de la nación. Por otro lado, este panorama también devela la complejidad de la política a nivel regional y la necesidad de pensar la política más allá de la ideología. Como lo argumenta Strobel, la adhesión a la causa republicana o imperialista por parte de los mexicanos de ese tiempo pudo derivar de múltiples causas que preceden al conflicto: una riña personal, una lucha de poder entre familias, disputas de larga data por tierras, alianzas regionales tejidas con otros conflictos, etc., cuyas narrativas terminarían siendo revestidas con las retóricas del liberalismo o el conservadurismo conocidas gracias a las proclamas de la época.

Otro sector protagónico en esta historia y sobre el que esperamos se

produzcan futuros trabajos lo componen las decenas de miles de personas sin nombre, arrancadas por la fuerza de sus hogares y que formaron parte del horror que debió ser la leva. En el curso de las batallas que se describen en el libro, los números en las tropas bajan y suben a una velocidad angustiante: miles de personas obligadas a pelear sin armas, con un enemigo cambiante (reclutados por un bando y luego por el otro), contra el tifus, la fiebre amarilla y la sífilis, contra el hacinamiento y a punta de fusil. Primero vagabundos, “mal afamados”, desertores, luego indígenas y prisioneros, hasta finalmente abarcar todas las capas de la sociedad, sin distinción de color o clase social. Solo en la Ciudad de México, el 10% de la población masculina fue tomada por la leva; Guillermo Prieto denunció incluso el reclutamiento de un niño de nueve años. La práctica de la leva estaba tan integrada en los usos y costumbres de los altos mandos militares mexicanos que los franceses no pudieron más que resignarse a aceptarlo y fue tanto causa como consecuencia de muchos de sus males: del desabasto de granos, carne, tocino y manteca, de la falta de hombres voluntarios, del “desinterés y de la apatía” ante la causa republicana. Campesinos, ganaderos, mujeres, niños: todos corrían ante el grito “ahí viene la leva” que resuena en la cultura popular. Fueron breves los periodos en los que la desertión descendía —cuando se les aseguraba una ración de alimento diario, un real diario (jornal mínimo reglamentado) y algunas gratificaciones— pero, dado que las condiciones mínimas eran difícilmente sostenibles, la desertión fue una constante, incluso en desbandadas masivas (en un solo acto, huyeron hasta ochocientos).

De las grandes batallas y los grandes hombres de guerra retratados en la obra, Héctor Strobel no puede disimular su predilección por narrarla desde el punto de vista de los republicanos (de los imperialistas mexicanos

nos habla menos) y, sin embargo, su pluma fina y clara nos introduce en el universo de los que viven y sufren el día a día de las guerras junto con los que las dirigen y las deciden, con lo que muestra que aún hay mucho que decir e investigar sobre los actores que participaron en este episodio hipernarrado de la historia. Con *Resistir es vencer*, el autor se suma a una estimulante tradición historiográfica: con *La otra rebelión* de Eric Van Young (2006) y *La marcha fúnebre* de Peter Guardino (2018) se han ido desenterrando los rostros sin nombre de quienes pelean las grandes guerras. Sin duda, esta obra se suma y abona a una mejor comprensión sobre este duro y doloroso siglo XIX en el que la única manera de vencer en una guerra de tantas y profundas desigualdades era, y *aún es*, resistiendo. ~

**REGINA LIRA LARIOS** es doctora en etnología y antropología social por la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Es investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

## ENSAYO

# Autobiografía y mercado

por **Gaëlle Le Calvez**



**Olivia Teroba**  
DINERO Y ESCRITURA  
Ciudad de México, Sexto  
Piso, 2024, 140 pp.

*Dinero y escritura* de Olivia Teroba (Tlaxcala, 1988) comienza con tres epígrafes que se refieren al oficio de escribir, o más bien a la retribución de este oficio que —a diferencia de otros— pasa por procesos de legitimación y reconocimiento muchas veces en discordia. El escritor busca la aprobación de un público inmediato (sus pares), de las instituciones (becas, premios, festivales

nacionales e internacionales), y los más valientes, que se aventuran a vivir de la pluma, del mercado. La idea del triunfo o éxito literario o su contraparte, la marginación del escritor, son conceptos que el sociólogo Pierre Bourdieu estudió con detenimiento para resaltar la complejidad de las relaciones entre el poder y la cultura.

Sin embargo, este libro no surge con la idea de continuar una conversación teórica, sino de explorar estos temas desde la experiencia cotidiana. La autora advierte desde el primer texto: “Al principio tuve la idea de reunir varios ensayos que había escrito por encargo. Cuando mi editor me dijo que estaba de acuerdo en publicarlo, me percaté de que el ensayo que le daría título al libro abría una serie de posibilidades.” Tan pronto como leí esto, me sentí un poco decepcionada, ¿cuántas posibilidades puede haber cuando se reúnen una serie de textos ya publicados, a los cuales se van a agregar algunos otros? Con un título tan atractivo como ambicioso esperaba encontrar un pensamiento que se fuera desenvolviendo hasta constituirse como obra. Pero más que una obra unitaria, el libro es un conjunto de piezas sueltas, ensayos autobiográficos, manifiestos y anti-manifiestos (unos más logrados que otros) sobre las dificultades de vivir de la escritura.

Entre la confesión y el comentario, Teroba se va revelando a través de los retratos que hace de su abuelo, de su abuela, de su madre. Reflexiona sobre su vocación y su formación de escritora, sobre sus búsquedas intelectuales y espirituales, sobre sus relaciones afectivas. La historia personal comienza en los archivos del abuelo. “Él quería saberlo todo, almacenarlo todo. Imprimía las páginas web que le interesaban, las guardaba en folders para leer más adelante.” En ese espacio, la autora se inicia en la lectura. ¿Qué leía su abuelo y por qué? Una de sus bibliotecas “era una especie de búnker; estaba en un sótano sin ventilación. Había libros de todo tipo, desde manuales

escolares, ejemplares universitarios de economía y de historia, hasta revistas de política y literatura”. El patriarca es descrito como un hombre que “creía fervientemente en la meritocracia. Su esfuerzo y la situación económica de aquel entonces lograron sacarlo de la pobreza en que nació”. Una determinación y un carácter que pueden reconocerse en una escritora que se ha abierto paso con su trabajo: *Un lugar seguro* (2019), *Respirar bajo el agua* (2020) y *Pequeñas manifestaciones de luz* (2021).

En el proceso de revisar y pensar en las lecturas del abuelo, Teroba da cuenta de su manera de leer y de ver el mundo, se define y se distancia: “Soy muy diferente a mi abuelo. Escribo de temas que no entiendo a cabalidad. Escribo sobre mis dudas, mis miedos, placeres y desencantos. Pero, aunque no lo parezca, camino por un terreno conocido. Habito y escribo mi cuerpo. Este me incita a buscar en las palabras un ritmo, hacer de la escritura una fiesta donde quepan muchas voces.” Teroba sabe escuchar y recrear las voces familiares; logra que sus personajes tengan matices y profundidad. Describe las contradicciones afectivas que sentimos hacia nuestros seres cercanos que odiamos y amamos a la vez. Vemos a un abuelo dominante y opresivo, protector y tierno, a una abuela trabajadora y apegada a la tierra, “descalza, caminando por el lodo [...] buscando semillas de frijol”, y los testimonios de una madre que soportó machismos y golpes. Una violencia que la autora “no alcanza a recordar” pero que se manifiesta, en su cuerpo y en su mente, en forma de somatización, angustia y depresión.

Estas historias familiares son interrumpidas por comentarios donde la autora habla de su cansancio. ¿Es la digresión una forma de detener el relato y procesar la violencia? A veces esas interrupciones son referencias a escritoras en boga o citas que no necesariamente aportan mucho al desarrollo de su narración. Tal como sucede cuando menciona, por ejemplo, a Donna

Haraway para decir que “el cuidado de la existencia humana y no humana es otra forma de situarse en el presente”, o que es necesario “decolonizar, despatriarcalizar y desjerarquizar nuestro saber” y dejar de “buscar a Dios, ese sujeto blanco, occidental y de barba que aparece en los retablos”. Haría falta elaborar más estas afirmaciones y conectarlas mejor dentro del propio argumento. Si las referencias no ayudan, estorban. “Despatriarcalizar y desjerarquizar” el saber implicaría distinguirse críticamente no solo de las estructuras sociales, sino de estos mismos mandatos que –usados como eslóganes (“sujeto-blanco-occidental”)– hacen precisamente aquello que critican: encasillar y caricaturizar. En otro momento, Teroba menciona la necesidad de “desarticular creencias”, pero, en lugar de ofrecer una nueva hermenéutica de textos fundacionales, opta por el pensamiento mágico: la lectura del tarot y de las runas. La tensión ensayística se pierde en la falta de análisis, en los lugares comunes y en las prácticas *new age*.

No obstante, hay en todos los textos de Teroba un genuino interés por pensar en el papel de la literatura en un mundo hipermediatizado que exige comercializar tanto al libro como a la figura del escritor. La exploración que hace de este tema y de otros, como la salud mental, la noción de belleza, el racismo, el uso de las drogas, el autococonocimiento, es suficientemente rica como para constituir una obra independiente. Hay también una novela –en potencia– atrapada en un libro caótico. Hizo falta discernimiento para



distinguir entre autobiografía, ensayo, pensamientos, preguntas, recuerdos. Atribuyo la falta de estructura a la prisa del mercado, a la obvia necesidad económica, pero también a un punto ciego generacional que se ha olvidado de lo más sencillo: del placer de contar una historia de principio a fin, sin tantas referencias para un lector común. Esto me lleva a las siguientes preguntas: ¿Para quiénes estamos escribiendo y para qué? ¿Tienen las escritoras que legitimar sus relatos con referencias aca-

démicas? ¿Es necesario retacar los textos de citas para sobrevivir en el mercado actual? ¿Qué pasa cuando el mercado se apropia de esta tendencia?

Mientras hurga en los laberintos de las bibliotecas, entre “ediciones viejas, de letra pequeña”, la autora se encuentra con la escritura del abuelo: cartas personales y una columna que habría publicado en el periódico. También, entre los libros mejor conservados, aparece su primer libro. Con esta imagen regresan las posibilidades de la

escritura de Teroba, que son muchas. Espacios privados llenos de sensaciones donde la escritora contiene el aliento para darle sentido a la memoria. Alucinantes atmósferas donde el lector puede sentir y respirar de otra forma; conocer los límites y el estado de vulnerabilidad del cuerpo de quien escribe. ~

**GAËLLE LE CALVEZ** es académica y crítica literaria, autora de *Les émigrants / Los emigrantes* (UAM-Écrits des Forges, 2015).

## LIBRO DEL MES

ENSAYO

### Demonología de la imaginación científica

por **Maia F. Miret**



**Jimena Canales**  
LA CIENCIA Y SUS DEMONIOS  
Traducción de Alex Guardia  
Barcelona, Arpa, 2024, 480 pp.

Qué cosa tan singular es la representación de los científicos que viajan a bordo de la nave *Prometheus* en la precuela de *Alien* del mismo nombre (esa película que a todos nos gusta odiar, pero a todos de modos distintos, como las proverbiales familias infelices de Tolstói). A bordo de la elegantísima nave de la empresa Weyland viajan cuatro mujeres y hombres de ciencia: dos arqueólogos, un biólogo y un geólogo (y también David, el androide, que sería justo llamar el experimentalista). En una de las peores-mejores escenas del filme los arqueólogos le explican al equipo por qué están allí: han determinado, mediante el arte rupestre de culturas separadas por miles de años y de kilómetros, que una civilización que ellos llaman los Ingenieros sembró la vida en la Tierra hace eones. Millburn, el biólogo, hace la única pregunta sensata de toda la película: ¿Cómo lo saben? Elizabeth Shaw, arqueóloga que también es devota católica o algo así, responde: “Porque eso es lo que he decidido creer.”

Pum. Si Millburn no hubiera decidido hacerle *psst psst* al primer extraterrestre que se encuentra, una especie de serpiente curiosamente genital que marca el inicio del esperado terror espacial de la franquicia, habríamos pensado que es un científico modelo.

Sucede que las personas de ciencia no suelen ser supersticiosas, y en todo caso no lo confiesan, aunque siempre usen la misma pipeta para evitar que se eche a perder la centrifuga del laboratorio. También es claro que eligen creer ciertas cosas; la historia y la filosofía de la ciencia están llenas de ejemplos de sesgos o convicciones cognitivas, identitarias e ideológicas que hacen a unos preferir, por ejemplo, la relatividad general y a otros la teoría de la relatividad modificada. La resistencia de Einstein a aceptar la aparente indeterminación y acausalidad del mundo cuántico es famosa, y en todas las disciplinas pasan cosas equivalentes. A pesar de todo es posible que jamás nos encontremos con una científica o científico que diga que *crea* algo respecto a su área de especialidad, y menos que lo cree porque quiere; eso en ciencia es anátoma. Porque no es ciencia. Algo así nos hizo ver Carl Sagan en su clásico *El mundo y sus demonios*.

Pero los demonios que se agolpan en la enciclopédica *summa daemoniaca* de Jimena Canales no tienen nada que ver ni con los demonios de Shaw —eso terminan siendo los Ingenieros, por vía de sus más recientes creaciones, los xenomorfos— ni con los de Sagan. Canales, ingeniera física por el Tec de Monterrey convertida en doctora en historia de la ciencia por la Universidad de Harvard, persigue aquí a seres de otro tipo. Desde al menos 1666, el año en que comienza este detallado relato, científicos como Descartes han echado mano de herramientas heurísticas, formas imaginarias de controlar la naturaleza, para empujar el territorio de lo que podemos conocer, así sea a las patadas metafóricas de estos seres mágicos, que tienen que ver más con los demonios paganos que con los cristianos. Es decir, menos poderosos

que dioses –que si lo fueran no servirían como experimentos mentales– pero más sagaces y rápidos que los humanos, no tienen signo moral de ningún tipo y pueden ser tanto ayudantes como obstáculos, según quién los cree y para qué. Por eso comienza con el genio maligno justamente de Descartes, un ser capaz de interponerse entre la realidad y nuestros sentidos para distorsionarla o construirla a su antojo. ¿Qué sería real en ese escenario? Es una discusión muy relevante en esta era en la que estamos descifrando trabajosamente las bases neurológicas de la conciencia, nos encontramos fascinados por los efectos de las sustancias psicodélicas y entendemos qué papel desempeñan los sentidos en nuestra construcción de la realidad, pero era bastante blasfemo hablar de demonios en el siglo XVII. Descartes salió triunfal de este debate gracias a su inteligencia, y así nació la tradición de inventar y bautizar estas herramientas mentales tan útiles.

Como la magia, los demonios le dan al científico la capacidad, claro que hipotética, de controlar la naturaleza y de obtener poderes imposibles. Es el caso del demonio de Maxwell, un ser que puede violar la segunda ley de la termodinámica mediante el sencillo artificio de sentarse junto a una puerita o membrana y seleccionar qué moléculas pasan a ambos lados de un frasco: las rápidas para acá, las lentas para allá. En el proceso, en vez de que las temperaturas se promedien como termina por ocurrir siempre en el universo, una sube y la otra baja. Tan sencillo y tan fantástico. Y sin embargo, el demonio de Maxwell sigue ayudando hasta hoy a pensar en problemas de termodinámica, y ha sido santo de la devoción de grandes físicos desde el siglo XIX.

Lo mismo ocurre con el demonio de Laplace: un ser hipotético, también decimonónico y bastante más ambicioso, que conoce la ubicación y el momento –que es una forma de hablar de fuerzas en movimiento– de todos los átomos que existen, y con ello puede determinar todo el pasado y el futuro del universo. Se invocaría con frecuencia durante el desarrollo de la física cuántica, que como vimos levantó bastantes ámpulas al asegurar, al menos según ciertas interpretaciones, que ni esa inteligencia –como la llamó Laplace, y no demonio– casi absoluta sería capaz de predecir absolutamente todo o cambiar de signo el transcurso de los acontecimientos en el tiempo. Para la inteligencia-demonio de Laplace nada habría sido tan sencillo antes de que se introdujera el insidioso azar a las escalas más pequeñas.

Y hay más. Demonios en la biología, en la informática, en la cosmología y en la sociedad. Está el demonio de Babbage, de Boscovich, de Szilárd; se cuentan por docenas. Son gigantes sobre cuyos hombros microscópicos o astronómicos se han parado los científicos durante más de cuatrocientos años para hacer una de las operaciones más importantes de la ciencia, de la mano de la observación o la cuantificación: imaginar. Estuvieron allí cuando se entendió el movimiento browniano, se desarrolló la bomba atómica y se sentaron las bases de lo que hoy se conoce como inteligencia artificial (un nombre que le habría hecho una gracia gigantesca a Descartes).

Gracias a la fluida pluma de Canales y a su propia naturaleza, la historia de los demonios es nada menos que un buen trozo de la historia de la física occidental, que es decir básicamente la física como la conocemos. No hay que forzar mucho la mano para desenterrar las uniones de esta vieja y extensa cañería, especialmente con una autora tan diligente que da la impresión de que, allí donde un *paper* mencionó la palabra demonio o su equivalente del siglo XVII para acá, allí estuvo Canales con las herramientas para situar al personaje dentro de su genealogía y discutir con lucidez y picardía su utilidad como herramienta para extender las ideas científicas, tan formidables pero tan sacrificadamente arrancadas a la naturaleza.

Hay que advertir, eso sí, que no se trata de una lectura introductoria: exige conocimientos más que rudimentarios sobre los conceptos físicos que se discuten –en este sentido no se trata de una obra de divulgación– y un interés por la historia de la física y tal vez la informática y la teoría de la información que supera al del lector promedio de obras de ciencia o historia para no especialistas. No está claro, pues, a qué lector está dirigido este ambicioso proyecto, fuera del mundo académico, pero en la medida en la que encuentre su público tiene sentido que lo haga acogido por el catálogo de Arpa. Se agradece también que se publiquen libros de ciencia escritos por mujeres; la asimetría en la divulgación y en general en la escritura sobre ciencia es tan llamativa que ya se vuelve escandalosa. Y desde luego es una hazaña añadida que se traduzcan, aunque una traducción más pulida habría hecho mucho por lubricar la lectura. O tal vez contar con la ayuda de los demonios correctos. ~

**MAIA F. MIRET** es diseñadora industrial por formación y divulgadora de la ciencia por vocación. Edita, traduce y escribe.

LETRAS LIBRES  
 BUSCA TODOS LOS  
 NUMEROS PASADOS  
 EN NUESTRO ARCHIVO DIGITAL.  
 WWW.LETRASLIBRES.COM